

Textos de la celebración de la Eucaristía

Primera Lectura: de la profecía de Ezequiel (2, 2-5)

En aquellos días, el espíritu entró en mí, me puso en pie, y oí que me decía:
— «Hijo de Adán, yo te envío a los israelitas, a un pueblo rebelde que se ha rebelado contra mí. Sus padres y ellos me han ofendido hasta el presente día. También los hijos son testarudos y obstinados; a ellos te envío para que les digas: "Esto dice el Señor." Ellos, te hagan caso o no te hagan caso, pues son un pueblo rebelde, sabrán que hubo un profeta en medio de ellos.»

Salmo Responsorial: Sal 122, 1 -2a. 2bcd. 3-4

R/. Nuestros ojos están en el Señor,
esperando su misericordia.

A ti levanto mis ojos,
a ti que habitas en el cielo.
Como están los ojos de los esclavos
fijos en las manos de sus señores. R/.

Como están los ojos de la esclava
fijos en las manos de su señora,
así están nuestros ojos
en el Señor, Dios nuestro,
esperando su misericordia. R/.

Misericordia, Señor, misericordia,
que estamos saciados de desprecios;
nuestra alma está saciada
del sarcasmo de los satisfechos,
del desprecio de los orgullosos. R/.

Segunda Lectura: de la segunda carta de San Pablo a los Corintios (12, 7b-10)

Hermanos:

Para que no tenga soberbia, me han metido una espina en la carne: un ángel de Satanás que me apalea, para que no sea soberbio. Tres veces he pedido al Señor yermese libre de él; y me ha respondido:
«Te basta mi gracia; la fuerza se realiza en la debilidad.» Por eso, muy a gusto presumo de mis debilidades, porque así residirá en mi la fuerza de Cristo.
Por eso, vivo contento en medio de mis debilidades, de los insultos, las privaciones, las persecuciones y las dificultades sufridas por Cristo. Porque, cuando soy débil, entonces soy fuerte.

Evangelio: San Marcos (6, 1-6)

En aquel tiempo, fue Jesús a su pueblo en compañía de sus discípulos. Cuando llegó el sábado, empezó a enseñar en la sinagoga; la multitud que lo oía se preguntaba asombrada:

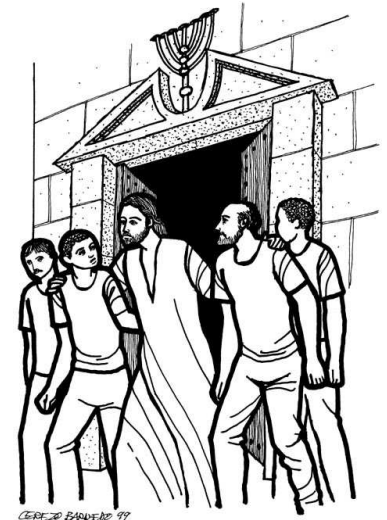
— «¿De dónde saca todo eso? ¿Qué sabiduría es ésta que le han enseñado? ¿Y esos milagros de sus manos? ¿No es éste el carpintero, el hijo de María, hermano de Santiago y José y Judas y Simón? Y sus hermanas ¿no viven con nosotros aquí?»

Y esto les resultaba escandaloso.

Jesús les decía:

— «No desprecian a un profeta más que en su tierra, entre sus parientes y en su casa.» No pudo hacer allí ningún milagro, sólo curó algunos enfermos imponiéndoles las manos. Y se extrañó de su falta de fe.

Y recorría los pueblos de alrededor enseñando.



1. Situación y contemplación

A la luz de las lecturas de este domingo, vamos a revisar nuestra fe. Muchos cristianos nutren su fe de creencias, es decir, de un conjunto de convicciones referentes a contenidos no verificables, pero a los que se adhieren por fe. Pueden ser ideas sobre Dios (por ejemplo, que es Trino y Uno) o el hombre (que es pecador y ha sido llamado a la salvación mediante Jesucristo), o bien acontecimientos (que Jesús murió bajo Poncio Pilato y que luego resucitó). Otros han hecho de la fe un proceso personal, en que lo determinante es el encuentro con Jesús resucitado, y, por ello, dan la máxima importancia a la historia de Jesús y a la relación viva con El hoy.

Las páginas de este libro están inspiradas, sin duda, en este segundo modo de vivir la fe. Hoy, concretamente, queremos acercarnos a la experiencia de soledad radical que vivió Jesús por ser fiel a su misión. Los suyos (familiares, vecinos de Nazaret, el pueblo judío) desconfiaban de El. ¿Qué resonancias tiene en mí esta dimensión tan afectiva y personal de la fe?

- Marcos nos ha presentado en toda su crudeza la incompreensión que Jesús sufrió por parte de los suyos. Estos domingos estamos profundizando en el carácter desconcertante del mesianismo de Jesús para las expectativas de la gente. La consecuencia va a ser el rechazo.

- El texto del profeta Ezequiel refleja la misma experiencia del rechazo. Fue el camino normal de los enviados de Dios. Jesús resumirá en una parábola esta trayectoria de la historia de Dios con su pueblo (Mc 12,1-12), cuya culminación será su propia muerte.

- El salmo responsorial expresa la respuesta de la comunidad cristiana a los enviados de Dios. Por una parte, el reconocimiento del pecado, de cómo, efectivamente, no escuchamos la Palabra de Dios. Por otra parte, la fe. La Iglesia quiere seguir humildemente a Jesús, aunque su misión nos resulte desconcertante.

Intentemos acompañar a Jesús en su soledad.

2. Reflexión

La soledad de Jesús tiene niveles diversos. Uno, el más comprensible para nosotros, es el psico-afectivo. Tuvo que ser muy doloroso para Jesús ir a la sinagoga de Nazaret y sentir el rechazo de sus conocidos. Probablemente, habían oído hablar maravillas del hijo de María, el carpintero, y se hicieron expectativas de que Jesús les iba a hacer milagros. Pero Jesús no estaba dispuesto a pasar por ese chantaje. La frase del Evangelio es terrible: «No pudo hacer allí ningún milagro... Se extrañó de su falta de fe».

La soledad de Jesús nace de un nivel más hondo, el fracaso de su misión. No se trata de cualquier fracaso, sino del fracaso en relación con el Reino. ¿No era acaso contradictorio que el Mesías fracasase si, por definición, la era mesiánica consiste en la victoria definitiva de Dios? Jesús sintió en propia carne la prueba más dura: Si Israel rechazaba al Mesías es que rechazaba el Reino y, en consecuencia, la esperanza última que le quedaba. ¿No significaba este rechazo, quizá, que Jesús estaba engañado, que no había recibido la misión que El se atribuía? De hecho, entre los suyos se decía que estaba loco. ¿No tendrían razón?

3. Praxis

El cristiano no debe confundir la fe con un sistema de creencias. Estas buscan siempre dar seguridad, evitar riesgos. La fe adulta camina a pecho descubierto y no evita las preguntas y la oscuridad. Por eso, no necesita sacralizar la figura de Jesús, haciendo de El un Mesías omnisciente, por encima de toda duda. Meditar en la soledad de Jesús ayuda mucho a vivir con realismo lo que es la condición de todo creyente: A medida que la fe se te hace fuente personal de ser, te vas quedando solo. Es así, no hay que darle vueltas.

No por eso te alejas de nadie; al contrario. Pero sólo Dios entra en el último reducto de tu conciencia, aunque no tengas secretos para tu amigo íntimo. Hace falta que las personas que te quieren estén en tu misma honda para que comprendan lo que significa para ti hacer la voluntad de Dios por encima de todo, incluso de las personas a las que más quieres, o ese sentimiento misterioso de descansar sólo en Dios, en última instancia.

Soledad habitada, no solitaria, en que el corazón creyente experimenta lo más gozoso y exigente de su vocación cristiana.

Si sabes un poco de estas cosas, no tengas miedo; sigue a Jesús.